

XVI Congreso mundial de Filosofía

Düsseldorf, 27 agosto - 2 septiembre 1978

La asistencia a este Congreso puede calificarse de masiva tanto por el número de participantes —cerca de 1.500— como por el de países representados —cincuenta—; la de los africanos fue acogida con especial calor, manifestado ya en la misma alocución de apertura habida por el Presidente de la República Federal Alemana Walter Scheel y en el aplauso que se tributó —el más largo y cálido registrado en toda la semana que duró el Congreso— al filósofo de Kinshasa T. Ntumba después de terminar su conferencia en la sesión de clausura. El bloque más numeroso y compacto lo formaron los representantes de la filosofía y ciencia del Este europeo, rusos en una gran parte.

Alwin Diemer, presidente del comité de organización del Congreso, explicó en unas manifestaciones a la televisión que su interés había estribado principalmente en crear una especie de «mercado» de ideas, en el que la oferta de las mismas fuera abundante y variada, facilitando una mutua información e intercambio; sin embargo, este programa sólo se cumplió en parte: los delegados del Este dieron la impresión de traer una sola idea o consigna, la de «materialismo dialéctico», y, aunque bien dispuestos a venderla, no lo parecían a aceptar algo a cambio; cada sesión se convirtió en una pugna —cortés y salpicada de humor— entre orientales y occidentales, vale decir, en un monólogo de la cultura occidental consigo misma. En el discurso inaugural había dicho Walter Scheel que lo que le irritaba del comunista convencido era su actitud medieval frente a la verdad, su convencimiento de estar en posesión de la misma, calificando toda otra actitud de falsa. A lo largo de la semana una de las preocupaciones más constantes de los representantes del socialismo oriental en sus intervenciones fue la de defenderse de esta acusación, aduciendo —cosa curiosa— que el materialismo dialéctico sostiene que la verdad se deduce y ha de estar conforme con la situación histórica y que ésta

se desarrolla y cambia, lo que demuestra que no abraza una definición dogmática de la verdad. Un filósofo húngaro, refiriéndose expresamente a las afirmaciones del Presidente alemán, alegó que era erróneo remitirse a *una* filosofía marxista; existen múltiples filosofías marxistas; uno de sus colegas salió inmediatamente al paso de posibles falsas interpretaciones: el ponente había querido decir múltiples *filósofos* marxistas, no múltiples *filosofías* marxistas, cosa que corroboró, muy agradecido, el interfecto. La prensa alemana recogió y comentó en forma negativa este comportamiento general de los portavoces de la filosofía oficial de los países comunistas; no obstante y aparte esta «actitud medieval» con respecto a la verdad, el grupo oriental se destacó claramente por su gran altura y calidad intelectual tanto en el ámbito científico como filosófico.

La organización y funcionamiento del Congreso ha sido excelente, sin duda alguna; a este respecto hay que destacar no sólo el lado organizativo, en el que nadie suele escatimar su reconocimiento a la capacidad alemana, sino también el lado que podíamos llamar humano o de relaciones públicas; los alemanes mostraron una gran flexibilidad en todos los órdenes; el espíritu democrático se encuentra entre ellos tan en su casa como en cualquier otro país; esto hay que decirlo, pues parece un lugar común hablar siempre de los odiosos y rígidos germanos. Una muestra de ello —que por cierto no satisfizo a todos los asistentes, como se dejó ver en varias ocasiones— fue el predominio casi absoluto de la lengua inglesa en las ponencias y discusiones, incluso en las tenidas por filósofos y científicos alemanes. Los servicios de información y de asistencia a los participantes al Congreso tenían ante sí una ardua labor que cumplieron puntualmente; no hay que olvidar que el edificio estaba lleno de personajes poco atentos a la realidad cotidiana e inmediata.

En el programa de actividades típico para estos congresos se había introducido una novedad: las llamadas «Poster-Sessions», reuniones reducidas y previamente apalabradas, en las que los interesados podían seguir y profundizar las discusiones abiertas en las sesiones generales; la intención de las mismas, según Alwin Diemer, era conseguir romper los frentes que separan al orador del público; tales reuniones no tuvieron empero especial éxito, debido quizá a las dificultades de comunicación creadas por el idioma.

Entre los sucesos lamentables cabe señalarse la negativa a Amnesty International para establecer un despacho en el Congreso y trabajar entre los asistentes por lograr la liberación de algunos presos polí-

ticos de diversos países; los organizadores no lo permitieron, temiendo la retirada de los participantes del Este. En una de las conferencias vespertinas el profesor moscovita N. P. Fedosseev afirmó que la Unión Soviética no se negaba a participar en la Conferencia sobre los Derechos Humanos, pero que exigía que el tema de los disidentes soviéticos no se tratara en la misma.

De los temas que constituían el programa del Congreso hacemos a continuación un breve resumen.

1. *La idea del universo*

Bajo el punto de vista científico se presentaron varias concepciones cosmológicas que respondían más bien a las distintas ideologías de sus defensores y que, por tanto, contenían más de substancia filosófica y apriorística que de substancia empírica.

V. Weidemann (Kiel) y R. Sexl (Viena) propugnaron la imagen de un cosmos en evolución, no sólo en el sentido de que se expande sino, además, en el sentido de que se dan en él fenómenos de nacimiento, juventud y vejez de las estrellas y galaxias; esto ocurre de forma fundamentalmente regular en todo el universo explorado, lo que hace todavía válido hoy, según ellos, el principio cosmológico, esto es, la hipótesis de la homogeneidad del espacio: ningún lugar es en él privilegiado ni por su aspecto ni por los procesos que se desarrollan. V. A. Ambartsumian (Erivan), el astrónomo más destacado quizá en la actualidad, sostiene que los datos empíricos pueden pronto probar que el universo constituye una jerarquía de mundos, cosa que contradice e invalida el principio cosmológico; esto se sabe por sus escritos, pues en el Congreso, aunque tenía un puesto designado en la mesa de los ponentes y existía una gran expectación por oírle, ni la ocupó ni tuvo ponencia alguna, limitándose a intervenir en la discusión posterior, mas en un inglés tan malo que apenas hubo lugar a entenderle. El norteamericano y sacerdote benedictino S. L. Jaki, autor de numerosos libros sobre cosmología y profesor de la universidad de Seaton-Hall (Princeton), arguyó que la unidad a que hace referencia el término «universo» es cuestionable, ya que no existe punto o principio ninguno de referencia para establecerla; la teoría de Ambartsumian es aún una pura hipótesis. En otras sesiones se discutió sobre el origen del universo y sobre la eternidad de la materia; el moscovita A. M. Mostepanenko tuvo por claro que la creación queda excluida desde el momento que el mundo carece de un principio en el tiempo

—tesis ésta fundamental del materialismo dialéctico—; la creación es una cuestión de fe, dijo expresamente a preguntas de uno de los asistentes; de entre éstos, uno puntualizó que para el cristianismo la eternidad de la materia es compaginable con su carácter de creada, siendo por otra parte, añadió, la existencia o no de una causa creadora una cuestión todavía estrictamente filosófica.

2. *La biología moderna y su desafío a la filosofía*

Como en todos los demás temas, las exposiciones y los diálogos se polarizaron entre los representantes de la ideología marxista y los científicos y filósofos occidentales, éstos cada uno por su cuenta.

Faltó a la cita el biofísico belga y premio Nobel I. Prigogine. Estuvo, en cambio, el también premio Nobel Manfred Eigen quien indicó que al llamado «Darwinismo» es necesario darle hoy un significado diferente del tradicional; la doctrina de la evolución de las especies es hoy descrita a base de teorías matemáticas sumamente rigurosas; el principio de indeterminación, de que se hace uso en la física cuántica y que se ha querido trasladar a la biología genética, no es adecuado para esta última, pues cabe en este dominio constatar una *tendencia* de los genes hacia *órdenes* más complejos de organización biológica; lo indeterminado, aunque existe, no anula esta tendencia factual y previsible; él propone reformular la relación de los dos principios que intervienen en la evolución, a saber, el casual —mutaciones— y el determinístico —código genético—, de la siguiente manera: «constitución de un orden mediante fluctuación». Los profesores G. S. Stent, norteamericano, y I. Frolov, ruso, se centraron en las implicaciones morales de la manipulación de los genes; Frolov abogó ante la asamblea porque se estableciera una pausa en la investigación biológica hasta tanto se pusiera en claro el alcance y las consecuencias que la intromisión del hombre en la masa hereditaria pudiera provocar; hay en juego valores éticos fundamentales a los que se dañaría irremediabilmente si se procede de forma irresponsable o precipitada.

3. *La conciencia, el cerebro y el mundo exterior*

La sesión dedicada a este tópico era esperada con gran expectativa; la sala de sesiones estaba esta vez enteramente llena y puede afirmarse que nadie salió defraudado. La vedette no era el asunto en sí, sino la persona del premio Nobel Sir John Eccles y su teoría sobre las relaciones entre el cerebro y el yo.

En un libro recientemente publicado por este investigador —*The Self and Its Brain*— en colaboración con Sir Karl Popper, defienden la tesis de que el yo es una entidad independiente del cerebro al que aquél utiliza como instrumento a voluntad; el esquema en que esta tesis se inserta es el de los tres mundos de que habla Popper: Mundo I, o realidad exterior material, Mundo II o sujeto humano que siente y piensa, y Mundo III, constituido por las cosas —libros, máquinas, etc.— e instituciones sociales en que el hombre objetiva sus ideas. De acuerdo con esta teoría el yo resulta o un ente espiritual que actúa libremente sobre la materia —su propio cerebro— o, en todo caso, un misterio. Era la reacción de los otros ponentes lo que había despertado el máximo interés. El primero en subir al podio, el profesor norteamericano Tristram Engelhardt, sólo con el título dado a su ponencia despejó cualquier duda que se pudiera abrigar sobre la opinión que le merecía la tesis de Eccles; era el título: *The Brain and Its Self* (El cerebro y su yo). También los otros oradores insistieron en refutar a Eccles; entre ellos, el que más ahinco mostró fue el conocido profesor canadiense Mario Bunge; pero también el australiano J. J. Smart, el ruso Lomov, el húngaro J. L. Szentagothai, sostuvieron cerradamente que el hombre forma una unidad, material por cierto; el dualismo de *res cogitans* y *res extensa* de Descartes no tiene asiento legítimo en las investigaciones modernas sobre la conciencia humana, y ello en favor de un monismo materialista. Daban todos la impresión de tener miedo a que el hombre poseyera realmente un alma.

4. *La racionalidad científica y no científica*

Se abordaron en torno a este título las cuestiones tradicionales sobre los criterios de la verdad, las leyes del discurso lógico, el principio de identidad, diversas dialécticas y sistemas de racionalidad.

Una de las aportaciones mejores, recogida después por la prensa alemana, fue la del profesor de la Universidad de Salamanca Mariano Álvarez-Gómez: La racionalidad no es una cosa en sí que se encuentre encarnada en las leyes naturales o en la historia humana ni siquiera en el hombre mismo; la tesis de Hegel está perfectamente desmentida por los hechos; el deterioro del medio ambiente revela que tampoco el hombre es el sujeto de la racionalidad. Lo racional es algo que se realiza a veces merced a la praxis humana, a saber, cuando hay adecuación entre el objeto y la idea; tal adecuación está

sujeta a una cierta indeterminación ya que desconocemos la naturaleza de las cosas; la experiencia, pues, el tanteo, es un trámite necesario en la búsqueda de la verdad y de la racionalización del mundo.

5. *El problema de la fundamentación científica de las normas*

Poco nuevo se dijo en este ámbito. Más que teorías o aportaciones originales se insistió en la posibilidad y necesidad de deducir normas válidas a partir de la realidad. Pero, ¿de qué realidad?

Los marxistas no tuvieron problema: de las relaciones sociales objetivas dadas en un momento histórico. La profesora C. C. Gould expuso la tesis más novedosa: cabe construir una ontología de la sociedad, una base firme y metafísica por tanto del hecho social de la que se pueden ganar reglas universales y objetivas. C. Patzig, de la universidad de Göttingen, puso como criterios para la justificación de una norma el que fuera aprobada a la vez por la razón y la intuición. Castañeda, quien substituyó en la mesa de los ponentes al profesor de Oxford R. M. Hare, hizo una brillante exposición del método inductivo-estadístico con el que es posible detectar y formular los principios normativos básicos que de hecho dirigen el comportamiento moral. S. Cotta, de la universidad de Roma, defendió la existencia de normas universales naturales, si bien pueden ser otras que las propuestas por el yusnaturalismo tradicional, como, por ejemplo, el tabú del incesto o la de que la inocencia demanda respeto. La teoría de los valores o la del utilitarismo encontraron escaso eco siendo positivamente rechazadas por algunos.

La insistencia en que la ciencia debía aportar la información adecuada en orden a construir normas morales provocó la intervención de algunos científicos que dijeron no se contara con ellos para semejante menester.

6. *El dominio del progreso científico-técnico*

Es la ciencia la que ha producido el progreso, pero el progreso es un valor discutido al que se enjuicia peyorativamente; este juicio repercute sobre la ciencia a la que hoy se mira con ojos hostiles; en Norteamérica existe un movimiento muy popular de descrédito a los científicos y sus conquistas. La revolución copernicana fue saludada en su tiempo con admiración; desde entonces se han realizado descubrimientos en el ámbito de la física y de la biología tan relevantes como el de Copénico en astronomía, y, no obstante, el saber cientí-

fico es hoy despreciado y temido; no es ajeno a ello quizá el que la investigación que interesa es sólo la pagada por la industria o el estado; la investigación pura, la que deriva de una simple *curiositas*, no tiene predicamento, está marginada. Por este tipo de reflexión o saber hizo una encendida apología el profesor de Zúrich Hermann Lübbe como una forma de devolver a la ciencia su dignidad perdida.

Una exposición completa de la problemática suscitada por el progreso científico-técnico y su posible control la perfiló el profesor W. Becker (Frankfurt): la condición para que haya progreso es la libertad del individuo, sin la que éste no podría desarrollar sus facultades; ahora bien, el dominio del progreso estriba en su planificación, y ésta, por naturaleza, entorpece y anula la libertad individual; el precio de la libertad es, pues, un progreso incontrolado. Por otra parte, la planificación no es garantía de un desarrollo técnico racional; en la Unión Soviética se dan los mismos efectos nocivos que en los países democráticos industrializados, y, lo que es peor todavía, no ha nacido allí una conciencia crítica contra el progreso.

El profesor de Bukarest A. Tanase señaló que el incremento de la cultura puede ser el remedio contra los peligros de la técnica y de la ciencia; se aprecia, en efecto, una ley antientrópica en las áreas culturales que, bien aprovechada, serviría para contrarrestar o encauzar los avances científicos; un asistente hizo notar que para ello se requería liberar a la cultura del patronato del estado: en los medios informativos —prensa, radio, televisión— no cabe duda de que opera una ley de la entropía, esto es, una uniformación y degradación del saber cultural.

7. *Éxitos y límites de la matematización*

Expresamente se excluyó como objeto a tratar las relaciones entre matemáticas y filosofía; el tema que había de estudiarse era la posibilidad de aplicar las matemáticas a todas las especialidades científicas. En este contexto se produjeron a lo largo de las ponencias dos conclusiones: las matemáticas son en sí mismas una ciencia limitada, que no cuenta con una evidencia indiscutible en todos sus ámbitos ni siquiera en los fundamentales. La aplicación por otra parte de los métodos matemáticos a otras ramas de la investigación ha dado resultados buenos en algunos casos, en otros tal aplicación se ha mostrado estéril y contraproducente. En general, el nivel de las exposiciones y discusiones actuaba de factor selectivo: los no especialistas contaban con pocas oportunidades de entender algo.

8. *La disputa de los universales hoy*

El moderador de la sesión era Adam Schaff (Varsovia). De entrada hizo referencia a los recientes datos científicos que dan al viejo problema de los universales nueva actualidad e importancia. Hoy la filosofía no puede prescindir de las ciencias para cumplir su menester; una visión del mundo en que no se tuvieran en cuenta y se integraran las averiguaciones de éstas sería algo vacío y ridículo; la filosofía a su vez presta a las ciencias una metodología. En esta simbiosis, la biología genética y la etología han aportado informaciones que afectan de lleno al tema de los universales y que permiten una nueva comprensión de los mismos; en efecto, si existe una transmisión hereditaria de los mecanismos del conocimiento, pueden existir ideas universales innatas. Los estudios de Chomsky y los de su opositor Roman Jakobson se mueven en este recinto. Otros hablan de universales pragmáticos (Jürgen Habermas) o universales de la cultura (Lotman, Ivanov, etc.). Roman Jakobson y Habermas faltaron a la cita; fue entonces el aspecto filosófico de la cuestión lo que dominó en las ponencias y en los debates.

Los representantes marxistas coparon de hecho el tema, sumamente importante para ellos, ya que las clases sociales entran dentro de este terreno epistemológico; históricamente, además, la lucha entre nominalistas y realistas en la Edad Media encarna el conflicto clasista entre los progresistas y los conservadores o reaccionarios.

* * *

Estos fueron los temas oficiales; pero como subrayó la prensa alemana y cualquiera pudo comprobar, en la cafetería, en los pasillos y en las veredas a lo largo del Rin, se veían grupos numerosos que hablaban y discutían acaloradamente; aquí los temas bien pudieran ser otros. En cualquier caso, las sesiones informales, como en tantas otras áreas, también en ésta de los Congresos parecen contribuir tanto o más que las sesiones programadas al mutuo conocimiento y al intercambio de ideas.

EMILIO G. ESTEBANEZ